

# Educar al niño en el asombro

---

**Gastón Hernán Guevara**

Prof. y Lic. en Ciencias de la Educación

gastonhguevara@gmail.com

1

Auxiliar de primera en las materias “Filosofía de la Educación” para las carreras de Prof. y Lic. en Educación Inicial y Ciencias de la Educación, y en la materia “Epistemología” para la carrera de Prof. y Lic. en Educación Inicial, Universidad Nacional de San Luis. Miembro del PROIPRO C y T 04-2016 “Filosofía y Educación. La incidencia de la cuestión del sujeto en la teoría pedagógica”, dirigido por Mgter. Nora Fiezzi.

## Resumen

En el siguiente trabajo nos proponemos mostrar un aspecto que consideramos necesario en la educación del niño y que la escuela actual ha dejado de lado: el asombro.

En el primer punto caracterizamos al filósofo y al poeta como seres que viven en el asombro, y este vivir en el asombro es propio, también, del niño ¿no son acaso el filósofo y el poeta aquellos que permanecen siempre niños? Seguidamente profundizaremos en la consideración del asombro como *hábitat* del niño. Pero concomitante a ello veremos cómo ese *hábitat*, es anulado por una escuela ataviada por la urgencia económica. Esta senda, a pesar de honrosas excepciones, es la que nos ha hecho desprestigiar la infancia y exiliarnos de ella. Este es el tema del tercer punto. El hombre moderno se ha caracterizado por matematizar, cuantificar y medir, condenando al ostracismo el asombro y la admiración del niño. Es menester que esto se modifique, por tal motivo planteamos en el punto cuatro, que una posible solución es retornar al país de la infancia en donde alguna vez fuimos felices porque todo nos parecía enorme, maravillo y más de lo que es.

**Palabras claves:** asombro, infancia, educación, filosofía

## Abstract

*In this work, it is our goal to throw light into one particular feature of education which today schools seem to have left unattended: wonderment.*

*First, both poets and philosophers are depicted as the typical characters living permanently in wonderment, for who live life as if they were forever children but poets and philosophers? Secondly, we will consider wonderment as a child's proper 'habitat', whilst describing how such habitat is being destroyed over the urgencies of modern education. This is the path that took childhood to loss of prestige and the path that has also led us to exile from childhood. This is our third point of focus; modern men and women are used to quantify and measure, consequently taking wonderment and admiration to cultural ostracism. In the conviction that such situation is in need of change, section four of our work suggests that a suitable outcome to such situation would be the return to the land of childhood, where we were once so happy, because all things seemed grand and wonderful, and more than what they are.*

*Key works: wonderment, childhood, education, philosophy*

## Educar al niño en el asombro

### INTRODUCCIÓN

En el siguiente trabajo nos proponemos mostrar, un atisbo al menos, teniendo en cuenta la extensión del mismo, un aspecto que consideramos necesario en la educación del niño y que la escuela actual ha dejado de lado: el asombro.

En el primer punto caracterizamos al filósofo y al poeta como seres que viven en el asombro, y este vivir en el asombro es propio, también, del niño ¿no son acaso el filósofo y el poeta aquellos que *permanecen siempre niños*? Seguidamente profundizaremos en la consideración del asombro como *hábitat* del niño. Pero concomitante a ello veremos cómo ese *hábitat*, es anulado por una escuela ataviada por la urgencia económica. Se enfrentan así dos concepciones de educación: la que vive en el ocio y la que lo niega, neg-ocio. Si deseamos que el niño sea una persona, es inexcusable retomar la escuela como *schola* -ocio- y educar en el asombro; si queremos *hacer* del niño un “funcionario” – funcional a-, un engranaje del neg-ocio, sigamos la senda que actualmente está trazada. Esta senda, a pesar de honrosas excepciones, es la que nos ha hecho desprestigiar la infancia y exiliarnos de ella: debemos crecer, somos personas serias y mayores, se nos dice. Este es el tema del tercer punto. Tremendo error. El hombre moderno se ha caracterizado por matematizar, cuantificar y medir, condenando al ostracismo el asombro y la admiración del niño. Es menester que esto se modifique, por tal motivo planteamos en el punto cuatro, que una posible solución es retornar al país de la infancia en donde alguna vez fuimos felices porque todo nos parecía enorme, maravillo y más de lo que es.

### I. EL NIÑO: FILÓSOFO Y POETA

Ha dicho Platón (Teeteto, 155d), y también Aristóteles (Metafísica, I, 2), que es el *asombro* el origen de la filosofía; la fuente de donde mana el impulso que mueve al hombre a filosofar, es decir, su *principium*: su origen permanente e intrínseco. Esto implica que aquel que filosofa *vive en* el asombro, es su *hábitat*, no sale jamás de él, y expresa, primordialmente, pero concomitante a tantos otros aspectos, la humildad de reconocer que en las cosas hay más de lo que uno puede ver, que la realidad no es algo puramente fenomenológico. Por tal motivo consideramos que luego del asombro no prosigue propiamente la duda –que ineludiblemente se patentiza en la pregunta filosófica- sino que la mirada del filósofo se abre al misterio del ser. Antes de continuar detengámonos un instante sobre el misterio. A este no debe confundírsele, como se hace vulgarmente, con oscuridad. Propiamente es exceso de luz; luz insondable e inagotable del ser. Y si bien podemos *de-velar* algún aspecto “nuevo” de una cosa, es decir, ver el perfil nunca visto de ella, siempre algo nos queda *velado*. No podemos conocer todo. Lo

mencionado se puede apoyar en aquel argumento de Aristóteles (*Metafísica*, II, 1) que dice: “*lo mismo que a los ojos de los murciélagos ofusca la luz del día, lo mismo a la inteligencia de nuestra alma ofuscan las cosas que tienen en sí mismas la más brillante evidencia*”. A algunos las cosas les “dicen” mucho y a otros las cosas les parecen mudas, aunque a ambos la realidad se le presenta con meridiana claridad. Hay que saber ver. Hay que saber escuchar.

¿Quiénes son esos a los cuales las cosas les hablan? ¡A todos!, pero sólo algunos saben escuchar. Es a los filósofos, pero también a los poetas, a quienes las cosas se les presentan cargadas de *sentido*, es decir, luminosas y con valor en sí mismas y no como medio para otra cosa. Ese *sentido* es el que al filósofo hace preguntarse *¿por qué todo y no más bien nada?* Y, de esta manera, la pregunta filosófica, rompe el diario acontecer del “mercado” y obliga al hombre, que hasta hace un instante se dedicaba tan sólo a comprar y vender, a levantar su cabeza inclinada y preguntarse acerca de Dios, del mundo, del hombre.<sup>1</sup> Es ese mismo *sentido* el que permite al poeta, a través de sus versos, *de-velar* destellos de algo que a la mayoría de los ojos ha pasado desapercibido, intentando mostrar el valor más genuino de la realidad. Tomás de Aquino -en uno de sus comentarios a la *Metafísica* de Aristóteles- ha sentenciado certeramente “...*la razón por la que el filósofo se asemeja al poeta es que ambos tratan con lo maravilloso*” (Pieper, 2010, p. 87). En el asombro, filósofo y poeta comulgan. En él radica, a su vez, la fuente de una perenne alegría, que es la expresión del amor antes de que se haya hecho posesión de lo amado. Alegría de saber que todo es más, mucho más. Esta alegría es el estado propio del “pricipiante” cuyo espíritu está dispuesto y en tensión a “escuchar” las palabras de las cosas. Es que el acto filosófico como el poético anulan, por un lado, y trascienden, por el otro, aunque sea por un instante, las preocupaciones diarias, dan un paso más allá. Un paso que los deja a la intemperie. Cara a cara con el Universo. Es el éxtasis –salirse de sí mismo- frente al hecho de que las cosas sean y existan.

Quien vive así –a la intemperie- cotidianamente, “cara a cara con el Universo”, es decir, frente a la totalidad de las cosas que son, es el niño. El niño, al ser *nuevo* en la vida, un *recién llegado*, es un filósofo y un poeta. “*No es nada raro oír –dice Jaspers- de la boca infantil algo que por su sentido penetra inmediatamente en las profundidades del filosofar*” (1953, p. 9). El niño es un ser que *vive en el asombro*.<sup>2</sup> Se detiene atento y paciente ante las cosas, nada le es indiferente, su mirada es una flecha lanzada al corazón del misterio que envuelve a cada ente. ¿No se ha visto acaso como el niño abrumba a sus mayores inquiriéndoles la razón de todo lo que se le presenta y de todo lo que sucede? Es el despertar de la pasión investigativa; esto es, la actitud contemplativa de la criatura inteligente que

---

<sup>1</sup> El activismo y el consumismo son actitudes opuestas y obstaculizadoras del asombro. Quien hace de la vida pura acción o quien necesita constantemente de nuevas adquisiciones son personas incapacitadas para re-descubrir las cosas. Ni la pregunta filosófica hace meya en su diario acontecer laboral.

<sup>2</sup> Como el filósofo, como el poeta. Y por eso podemos decir que el filósofo para ser verdaderamente filósofo debe ser como niño para vivir siempre en el asombro.

se asombra ante el hecho de las cosas y de la propia vida; buscando los *vestigia*, reclamando el derecho, la razón, la justificación de su presencia. El mundo se le hace presente en sus aspectos más recónditos y esenciales. Se trata exactamente de este hecho: las mismas cosas que a nosotros nos parecen de lo más triviales, al niño se le hace perceptible el rostro más profundo de lo real; la mirada dirigida a las cosas de la experiencia diaria se le muestran cargadas de sentido. En ello radica propiamente filosofar, pues este acto es un

*“...alejarse, no de las cosas cotidianas, sino de los significados habituales, del valor que reciben esas cosas en el día a día (...) El preguntar filosófico se dirige siempre a lo cotidiano (...) Pero a quien así se pregunta, esto que está a la vista se vuelve en un instante transparente”* (Pieper, 2007, p. 120)

En el niño, esa transparencia de las cosas, esa presencia del ser, se manifiesta en preguntas tales como “¿qué es esto?”, “¿por qué... tal cosa?”, pero sobre todo en el juego. Digamos dos palabras sobre este tema –aunque merecería un desarrollo más extenso-. En el juego todas las cosas que entran en contacto con un niño tornan a la vida: un palo no es *tan sólo* un palo, puede ser un caballo con las crines al viento con el cual enfrenta una tremenda batalla. El juego, además, es dialógico: él habla con las cosas y las cosas le hablan a él. Asimismo, el juego carece de *finalidad práctica*, pero está cargado de *sentido*. El juego es “inútil”, pues escapa al criterio de ser “medio para”. El juego, entonces, es, en cierto aspecto, ocio, pues es un tiempo dentro del tiempo, libre de toda utilidad.

Chesterton ha dicho con atino, y con ello podemos resumir lo hasta aquí expresado: *Lo maravilloso de la niñez era que cualquier cosa era una maravilla.*

## II. EL ASOMBRO COMO HÁBITAT DEL NIÑO

Para que esta existencial admiración del niño no mengüe con el tiempo y, a su vez, para que no se convierta en una *“persona mayor”*, es decir, para no perder los rasgos característicos de la infancia, la educación actual, sin lugar a duda debe comenzar a ir por otros rumbos, o más bien recuperar los viejos caminos de la tradición. Recordemos que “escuela” se dice en griego *sjolé* y en latín *schola*, y los tres términos hacen referencia al *ocio*. Cuando decimos escuela en realidad queremos decir ocio. Si la escuela fuese entendida como *schola* tendría su fin *en sí misma* y no sería una parte de la cadena de montaje de la economía. El problema es que la educación actual tiende a no ser *schola*, y lo que hace es masificar y encorsetar, matematizar y mecanizar; pero nada dice, nada se enseña acerca de aquello que no se deja medir ni ilustrar con gráficos. Su consecuencia: borrar de la mirada del niño el asombro. Matar al Platón, al Goethe, al Mozart que el niño tiene dormido dentro y pudo ser.

Es ineludible desarrollar y conservar en el niño, y por el resto de la vida, ese palpito misterioso del mundo, que desborda con creces el calculado pragmatismo o el sentido instrumental de las cosas. Para eso es necesario que el niño esté en contacto con la naturaleza. Que chapotee en el agua, que trepe los árboles, que corte troncos, que le lean y lea cuentos. Eso es indispensable.

Indispensable es también hacer que el niño se enamore de las cosas sencillas, diarias y ordinarias, para que de ellas pueda hacer cosas extraordinarias, que pueda mirar más allá de lo puramente fenomenológico, que vea la hondura y la anchura del misterio que se esconde detrás de cada cosa. La realidad tiene mucho más que decirnos de lo que habitualmente nos dice. Entonces, partir por educar el gusto es primordial, es transmitirle al niño cierta reverencia honrosa y edificante ante lo esplendoroso. ¿Acaso no se ha reparado en el poder arrebatador de la belleza? Ahí están Platón, Santo Tomás, Kant y otros para atestiguarlo.

Hay que proponerles a los niños el poder re-crearse en las cosas sencillas, en la belleza y el misterio que trasunta cada ser, para así empaparse de aquella otra realidad de la que esta es signo. Hay que mantener limpios los ojos del corazón del niño, cerrados ante los muchos reclamos del mundo que lo distraen de lo esencial. Es hacerles guardar, conservar y practicar aquel secreto que el zorro le regalara al Principito: “...sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos” (1967, p. 558).

### III. EXILIADOS DEL ASOMBRO

Lamentablemente, poco a poco, vamos expatriándonos del país de la infancia. Vemos a la infancia con una mueca de desdén, “es necesario crecer” nos decimos a nosotros mismos, debemos convertirnos en una “persona mayor”. Caro al autor de “El Principito” es esta caracterización, pues para él una “persona mayor” es todo aquel que no han conservado los rasgos de la infancia. Y es interesante notar, además, que no usa la expresión “adulto”, ya que la adultez supone una etapa de la vida en la que usualmente se alcanza la madurez, que consiste en asumir en el hombre de hoy aquello del niño de ayer que es preciso no perder para nuestra perfección.

Es el mismo autor, con su inteligencia magistral, quien ha podido describir, en párrafos magníficos de esa pequeña obra suya que acabamos de citar, la mentalidad del hombre moderno. Nosotros hemos tomado dos ejemplos. El primero, aquel conocido pasaje en donde el Principito desea dar a conocer una casa:

*“Si uno les dice a las personas mayores: ‘he visto una hermosa casa de ladrillos rojos, con geranios en las ventanas y palomas en el techo’, no acertarán a imaginar la casa. Es necesario decirles: ‘he visto una casa de cien mil francos’. Entonces exclamarán: ¡Qué hermosa es!”* (1967, p. 514).

Este pequeño párrafo nos pinta de cuerpo entero al mundo que se rige por la omnipresencia del número, de la cantidad, de lo cuantificable y medible y descarta la *admiración* del niño.

El segundo ejemplo de la magnífica obra del autor francés es aquel “pequeño test” para descubrir si una persona posee “espíritu de infancia” o, en su defecto, “soberbia espiritual”. El test del que hablamos consistía en mostrar un dibujo de una serpiente boa que digiere un elefante y ver si la persona a quien se lo mostraba lo podía comprender. Lamentablemente ello no sucedía:

*“...siempre me respondía: ‘es un sombrero’. Entonces no le hablaba ni de serpientes boas, ni de bosques vírgenes, ni de estrellas. Me colocaba a su alcance. Le hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas” (1967, p. 507).*

Evidentemente pocas son las personas que conservan la riqueza de la infancia. Por eso dirá más adelante, con triste resignación: *“Viví así, solo sin nadie con quien hablar de verdad”* (1967, p. 507). Todos hablan de sus *nec-otium* y se olvidan que lo propio del hombre en tanto que hombre es el *otium*, pues el hombre es un ser que está llamado, al éxtasis, a la apertura y a la entrega.<sup>3</sup> O, como bellamente lo ha dicho Pieper (2007, p. 115), lo propio del hombre es *“...conocer las estrellas por sobre el propio techo; mirar la totalidad de las cosas que son, más allá de la morada habitual, de la adaptación a lo cotidiano; mirar más allá del mundo circundante”*.

En otro lugar Saint-Exupéry (1967, pp. 197-198) lamenta la erosión del espíritu de la infancia en uno de sus compañeros:

*“Viejo burócrata, compañero mío aquí presente, nadie te ha hecho evadir jamás y tú no eres responsable de ello. Tú has construido tu paz a fuerza de cegar con cemento, como lo hacen las termitas, todas las salidas hacia la luz. Te has enroscado en tu seguridad burguesa [...]. No quieres inquietarte por los grandes problemas. Ya tienes bastante trabajo con olvidar tu condición de hombre [...]. Nadie se preocupó de sacudirte los hombros cuando aún era tiempo. Ahora, la arcilla de que estás formado se ha secado, se ha endurecido. Y nada, en adelante, será capaz de despertar al músico dormido, al poeta o al astrónomo que quizás habitaba en ti en un principio”*.

Estos hombres son los que repiten constantemente, ¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio! A esto responde El Principito con su anatema: *“...no es un hombre. ¡Es un hongo!”* (1967, 521).

#### IV. LA NECESIDAD DEL RETORNO

Ahora bien, uno siempre está a tiempo de corregirse, incluso si no lo hizo en su época de juventud. Siempre existen medios para volver al buen camino, incluso si ya estamos endurecidos; continuamente puede uno corregirse para llegar a convertirse en lo que se habría debido ser y no se ha sido nunca.

Coloquemos un nuevo y breve ejemplo de El Principito. En este caso es el aviador que, a partir del encuentro con el niño, y no sin altibajos, comienza a recuperar la capacidad de admirarse de las cosas, de inaugurarlas una y otra vez, de hacerlas nuevas. Empieza a recuperar ese niño que tiene dormido en su interior y termina por re-crear su mirada ante el rostro de un niño, ante la soledad del desierto, ante las estrellas que le saben reír.

---

<sup>3</sup> Es la expresión de la célebre máxima aristotélica *“estamos no ociosos para tener ocio”* (Ética, X, 7).

Pero por si algún motivo, imprudentemente, nos exiliamos del país de la infancia, no hay que desanimarse, siempre estamos a tiempo de retomar el camino perdido. La infancia es la patria de la cual nos exiliamos un día porque ya no la sentíamos propia, pero el destierro hace añorar la patria, y poco a poco nace el deseo y la nostalgia de volver: *“La casa de la cual eres te sirve en tu desierto, aunque lejana. La amada te sirve aún lejana y dormida”* (Saint-Exupéry, A. 1967, p. 1038). Debemos ser como esos marineros bretones del siglo XVI de los cuales nos habla Saint-Exupéry (1967, p. 1038) que *“...desde su partida comenzaban ya a regresar”*.

Se trata de conservar la infancia en el adulto. Esto supone madurar, que significa, al contrario de la “persona mayor”, superar la niñez incorporando los mejores rasgos de ella: la capacidad para el asombro, el placer en los juegos, la capacidad para vincularse, la curiosidad intelectual. Todas estas cualidades son asumidas en una nueva estructura dominada por la estabilidad, los conocimientos, la fortaleza y el sentido de finalidad que son propios de la edad adulta. Así, por ejemplo, en el niño el asombro se manifiesta palmariamente, pues él es *nuevo en la vida*, pero en el adulto para el cual ya “nada es nuevo”, el asombro se manifiesta en la capacidad de inaugurar una y otra vez su mirada ante el misterio de la realidad.

Saint-Exupéry abre “El Principito” dedicando el libro a su amigo León Werth. Nosotros queremos cerrar este artículo con la última oración de esa dedicatoria para que no nos olvidemos de ser niños:

*“Todas las personas mayores han sido niños antes (pero pocas lo recuerdan).*

*Corrijo, pues, mi dedicatoria:  
A León Werth cuando era niño”.*

## CONCLUSIÓN

El niño es filósofo y es poeta, el niño sabe vérselas con lo extraordinario en lo ordinario, el niño sabe asombrarse tanto de un insecto, como de la mismísima existencia. El desafío, entonces, será educar al niño en el asombro, promoviendo que su mirada penetre el *sentido* de las cosas, evitando así que pronto acaparen su alma la *finalidad práctica y utilitaria* de las mismas. Que prime el ocio y no el negocio. Que algo tenga *sentido* significa que su fin es intrínseco a sí mismo y no que está fuera de él. Por lo tanto, la educación del niño –y de todos- debe tener un *sentido*, debe ser hasta cierto punto “inútil”. La educación debe ser propensa a cultivar al pequeño Mozart, a conservar en el niño la mirada pura, para que todo lo que se presente ante ella sea iluminado por los primeros rayos de luz matutina. Es hacer de la vida una obra de arte.

Y a nosotros, los adultos, no toca ser un poco como ellos y para eso debemos abandonar la soberbia racionalista que tiene respuesta para todo e intentar disponerse a recibir como lo hace un niño. Cuando



comencemos a mirar la realidad como un don, volveremos a los tiempos en donde todo era grande e inmenso, volveremos a ser humildes, volveremos a ser niños. Aún estamos a tiempo de regresar.

**BIBLIOGRAFÍA:**

**Aristóteles** (1947) *Obras completas*. Traducción de Patricio de Azcárate, Tomo II, Bs. As., Anaconda.

**Aristóteles** (2010) *Ética nicomáquea*. Madrid, Gredos.

**Jaspers, Karl** (1953) *La filosofía*. México, Fondo de Cultura Económica.

**Pieper, Josef** (2007) *El ocio fundamento de la cultura*. Bs. As., Librería Córdoba.

**Platón**. (2007) *Diálogos V. Parménides, Teeteto, Sofista, Político*. Madrid, Gredos.

**Saint-Exupéry, Antoine** (1967) *Obras completas*. Barcelona, Plaza & Janés.